

Blanco y Negro

REVISTA ILUSTRADA

AÑO XV

MADRID, 6 DE MAYO DE 1905

NÚM. 731

LA TIERRA DE DON QUIJOTE



ARGAMASILLA DE ALBA. EL DON QUIJOTE Y EL SANCIO PANZA DE HOY

COMENCEMOS por la tierra de nuestro Ingenioso hidalgo las peregrinaciones profanas á los santos lugares que fueron albergue de las gastadas energías españolas. Muerto y enterrado el héroe, los escaños de sus proezas, que ya pocos consideran locuras, quedan, con ligeras mudanzas, tal y como fueron cuando vivía Don Quijote. Sea para el caballero de lo ideal nuestra primera



EL AMA Y LA SOBRINA DE DON QUIJOTE EN LA ACTUALIDAD.

rizo, ponen su punto de honra en declararse paisanos y descendientes del inmortal caballero. ¿Puede haber nada tan bellamente quijotesco, ni que tan dura y consoladora lección dé á nuestro indiferentismo de cortesanos cosmopolitas como esta hermosa obstinación, como esta romántica, platónica é ideal testarudez de todo un pueblo de la Mancha, empeñado en ser la patria de un personaje que no ha existido nunca?

Entráis en Argamasilla, y en cuanto os oigan hablar de Don Quijote y de Sancho, os mirarán con respeto, casi con veneración. Preguntáis á cualquiera, á una mujer, á un mendigo, á un pastor, y sin vacilar os dirán:—Esta es la casa de Medrano, con la cueva donde estuvo preso Cervantes. Por ahí se va á los batanes, donde Don Quijote le dijo á Sancho Panza: «Peor es meneallo.» Aquí vivía el bachiller Sansón Carrasco...—Y os lo dicen con una fe de cristianos primitivos, con una seguridad apodíctica, axiomática. Aquellos buenos labradores, cuyas cabezas acordaban cubre constantemente un pañuelo ó turbante atado á la morisca, guardan en ellas un ideal inapreciable. ¿Podrán muchos campesinos de las naciones más cultas decir lo mismo? ¿Qué nos importa que haya tantos y cuántos millones de analfabetos extendidos por la Península, si en cuanto salimos de Madrid, á dos pasos de las ficciones sobrepuestas y de los exóticos disfraces con que hemos querido remedar una cultura ajena y unas costumbres extrañas, nos encontramos ardiente y no apagada la llama de amor viva del santo, y vemos y palpamos, sangrantes y vivos, los primeros impulsos buenos que nadie sabe aprovechar ni encauzar? ¿Qué

visita; en pos de ella deberán venir otras á esos lugares únicos en la historia del pensamiento, del sentimiento y de la acción de nuestra raza; á Alba de Tormes, á Villalar, á San Juan de la Peña, á Sobrarbe, á Simancas, á Loyola. Sólo conociendo bien lo que estos asilos de nuestra pasada fortaleza nos enseñen podremos tener una base firme para rehacer el alma nacional; porque nada seremos si no conservamos nuestra originalidad poderosa y distinta, ni lo que tomemos de fuera dejará de ser postizo y engorroso si no acertamos á seguir siendo por dentro quienes fuimos cuando éramos grandes en el mundo. Y ¿quién más grande entre los héroes de nuestra noble tradición que el ingenioso hidalgo de la Mancha?

Con estos propósitos, nos encaminamos á Argamasilla de Alba. Sabemos, porque la erudición ha hundido ya su pico en la leyenda, que no es probable, ni siquiera verosímil, la especie de que Cervantes pensara hacer de Argamasilla la patria de Don Quijote. En efecto, Argamasilla de Alba no está cerca del Toboso, como el hidalgo dice, sino que dista ocho leguas; en Argamasilla no estuvo preso Cervantes, ni hay dato, memoria ó antecedente alguno de que allí le pudiera pasar alguna desazón bastante á hacerle omitir, en son de menosprecio ó de ironía, el nombre del simpático pueblo de la Mancha, ni tampoco ha de pensarse que una epopeya como *Don Quijote* fué concebida por mezquino deseo de rencor ó venganza. Pero ninguna de estas razones nos importan. Aunque no sea Argamasilla de Alba ni otro pueblo alguno determinadamente la patria de Don Quijote, Argamasilla merece serlo por el noble y hermoso fervor con que sus habitantes todos, desde el alcalde hasta el último porque-



TERESA PANZA Y SANCHICA PANZA EN 1905



ARGAMASILLA DE ALBA DESDE LAS AFUERAS

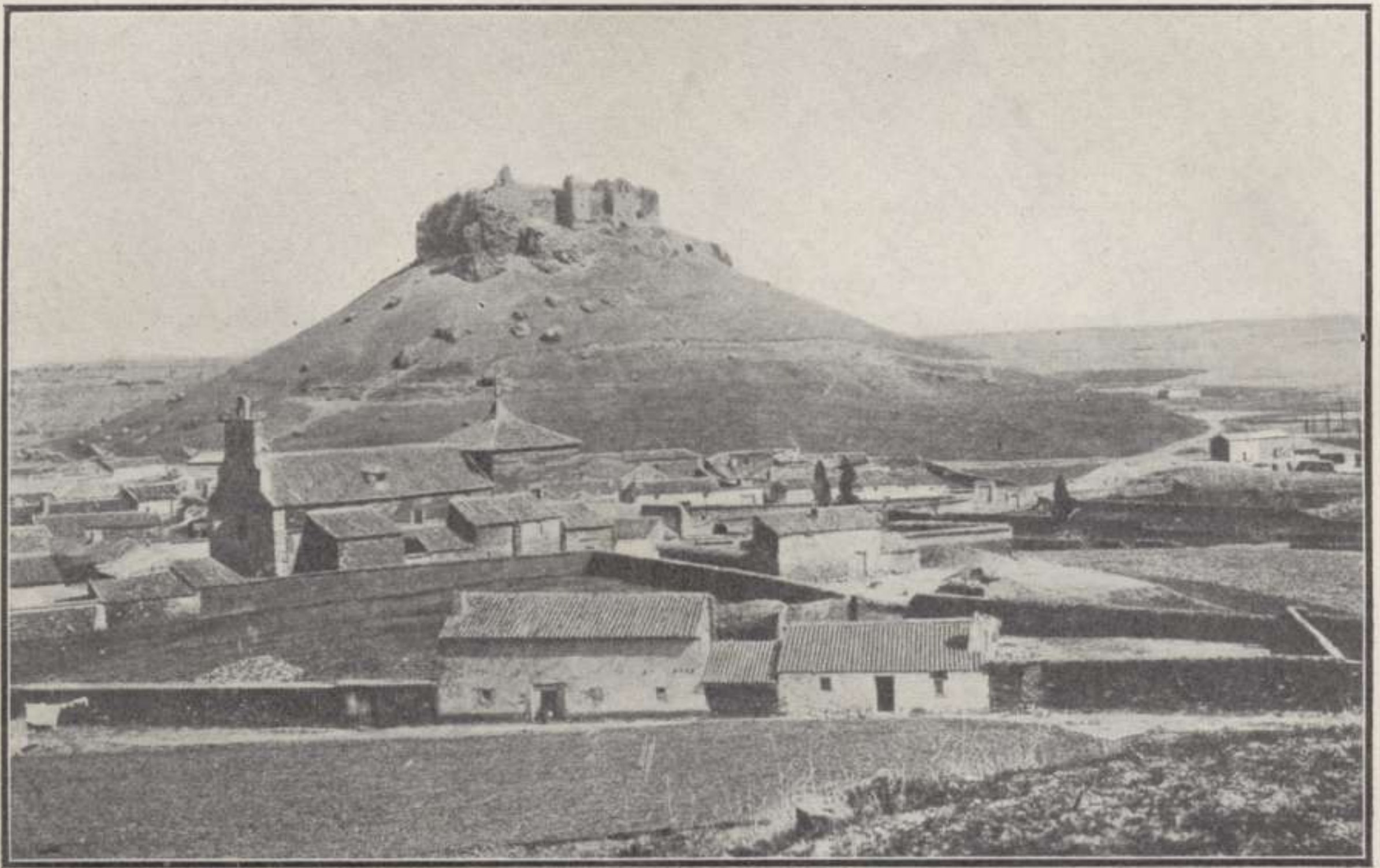
no podría hacerse con un pueblo, con toda una región que tiene por su más alta honra ser *la tierra de Don Quijote*?

Pero mientras reflexionábamos esto, andando por las calles de Argamasilla, hétenos frente á frente del ingenioso hidalgo. *Don Quijote* le llama todo el pueblo, y él acepta con gusto el dictado. Es el mismo rostro de media legua de andadura, la misma frente alta y de nobilísimo dibujo, las mismas barbas grises, el mismo cuerpo flaco y espigado, la misma apostura serena y majestuosa. *Don Quijote* [miseria de los tiempos], es empleado en consumos con dos pesetas diarias. Y no se crea que él explota para nada su parecido con el caballero de los Leones. Todo lo contrario. Convencerle de que se dejase retratar, costó un triunfo. No tendrá este ilustre lugareño de Argamasilla acaso unas ideas tan elevadas como Alonso Quijano; pero en dignidad, en estima y aprecio de sí mismo, ni su propio paisano le aventajaría. El actual *Don Quijote* de Argamasilla es otra prueba de que la vieja casta no se ha agotado. La llanura manchega sigue habitada por adoradores de lo invisible, de lo impalpable, por soñadores alucinados que viven con dos pesetas diarias y aun con menos.

Junto á *Don Quijote* se nos presenta su inmortal escudero. Para buscar un *Sancho Panza*, no ha sido menester andar mucho. *Sanchos Panzas* rechonchos, achaparrados, de cabeza redonda, de barbas prietas, decidores, graciosos y llenos de malicias, inocentes en el



EL RUCIO Y RUCINANTE EN EL CAMPO DE ARGAMASILLA



V. STA DEL CAMPO Y CASTILLO DE MONTIEL

fondo, sobran por aquellos lugares; pero, con profundo sentido, con grave y honda filosofía ya han comprendido los manchegos, hace muchos años, lo que ahora la crítica empieza á esclarecer: que nada hay despectivo ni denigrante en este nombre de Sancho Panza. Todos y cada uno de los muchos labriegos á quienes se da este nombre en Argamasilla, en el Toboso, en Criptana, en Villahermosa ó en Alhambra son, como el Sancho Panza retratado por nosotros, hombres listos y sagaces, llenos de picardihuelas tal vez, pero si los estudiáis bien á fondo, hallaréis en ellos una cantera de rectitud y de sinceridad, de bonachonería humana que no se halla comunmente en los campesinos

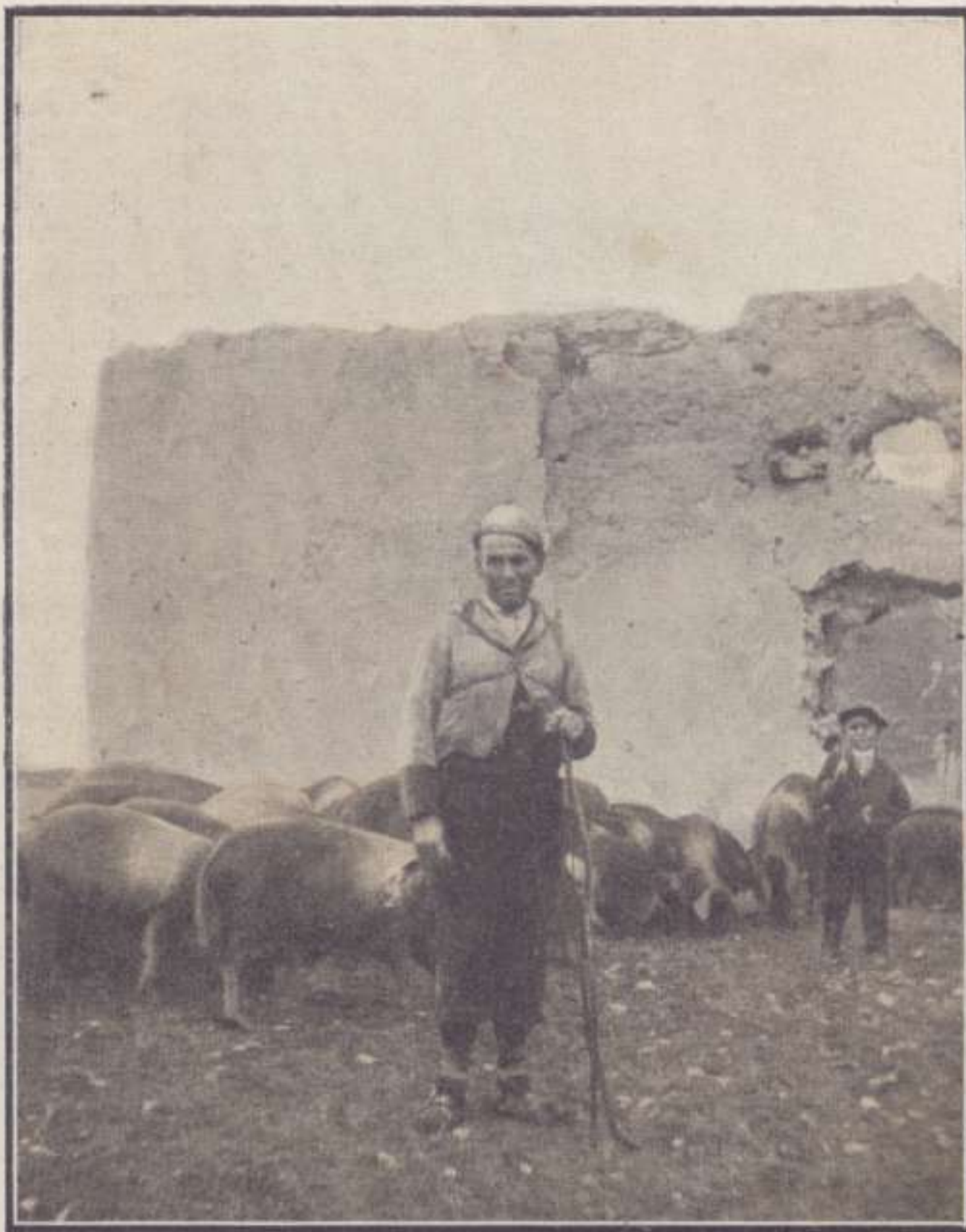


RUINAS DE LA VENTA DE SAN JUAN O DE DON QUIJOTE

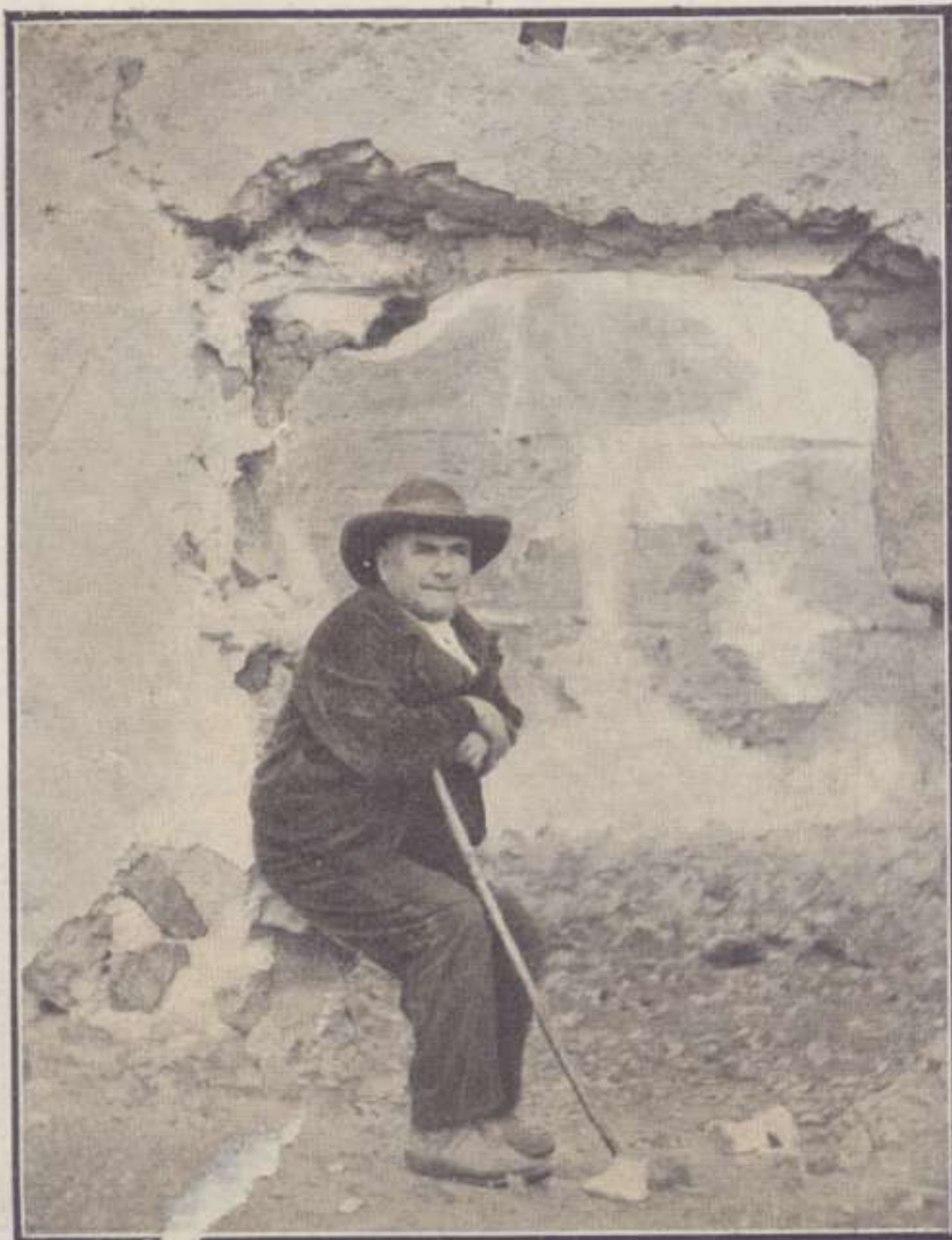
de otros países. En la tierra de Don Quijote, tierra árida, triste y dura, donde la vida es trabajosa y menguadísima para el pobre, no ha surgido aún el espíritu de protesta ni ha prendido la semilla del anhelo de reivindicaciones económicas y de futuros repartos. Ambiciones hay, como las que tenía Sancho Panza, pero ¿acaso no eran las suyas ambiciones qui-jotescas? ¿Las confundiremos con las codicias bajas, calculadoras é infames que suelen verse en los aldeanos del melodrama francés, ni con los odios de clase que van abriendo hondas zanjas, simas ya, pronto abismos entre ricos y pobres en otras regiones de Europa y aun de España? El Sancho Panza de hoy es un poco glotón, porque jamás come lo suficiente y le gusta hartarse cuando la ocasión se tercia; es haragán, porque necesita dormir mucho quien come poco. Manchego es, tal vez, el refrán casi ascético: *El que duerme cena*. Pero, en cambio, macizo y espeso como el pan, Sancho Panza es como el mismo pan, bueno. Su cara es de hogaza: una hogaza de can-deal es su corazón.

Vistos Don Quijote y su escudero, entramos en una casa de Argamasilla. Cualquiera puede ser la de Alonso Quijano. Abramos una puerta, entremos en un zaguán encalado, pasemos al patio vecino. Calladas, activas, hidalgas, graves, dos mujeres se afanan, sentadas en silletas, labrando ropa blanca ó punto de aguja la joven, haciendo media la de más edad.

Son la sobrina y el ama de Don Qui-



EL PORQUERO, CON SU GUERNA Y SU GREY, A LA PUERTA DE LA VENTA



EL VENTERO, QUE POR SER MUY GORDO, ERA MUY PACÍFICO

jote, y vanos era querer imaginárselas de otro modo que como ellas son. Ya no usan en la Mancha trajes característicos, sayas cortas, aparejos redondos, justillos de colores ni pañoletas vistosas. Probable es que ni el ama ni la sobrina de Don Quijote llevarán tampoco tales arrumacos cuando vivía su señor y su tío. Los aldeanos manchegos nunca han sido aldeanos de zarzuela ni de cuadrillo de caballete. Una gran seriedad les distingue, pero no una seriedad brutal, puesto que en todos ellos notaréis cierta blandura ingeniosa en el habla, cierto libre desembarazo en los andares y actitudes.

Dejamos al ama y á la sobrina de Don Quijote entregadas á su monótona labor, contando la vida por las puntadas del dobladillo y por los puntos de la media, persuadidas como los más grandes filósofos, á quienes no conocen ni han leído, de cuán inmenso es el vacío de la existencia humana, de cuán fácil es llenarle de tranquilidad y sosiego cuando se tiene un alma buena y de aspiraciones humildes y comedidas.

Salimos á la calle, y dos puertas más abajo veremos, en otro patizuelo más pobre, á Teresa Panza y á Sanchica, la mujer y la hija del incomparable escudero; las dos cuadradas, anchas de hombros, redondas de cara, que os miran con inocente hosquedad, con desconfianza en que descubren su sencillez. Si escarbáis en su corazón, hallaréis un duro, un berroqueño bloque de honradez y de lealtad. Ni por soñación le ha pasado jamás por las mientes á la buena Teresa la tentación más



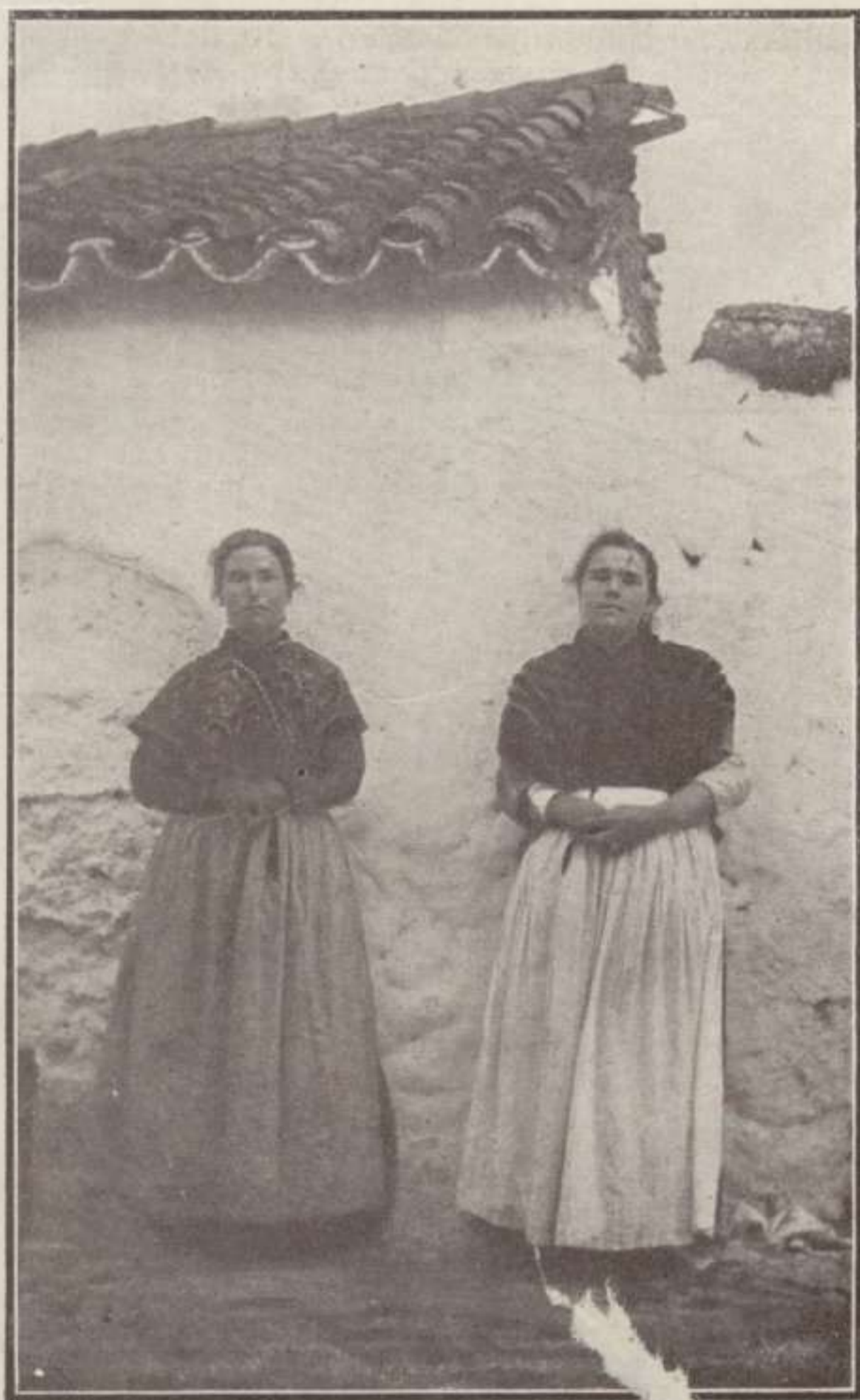
LA VENTERA

de tener un arcano, como si la Naturaleza, en esta tierra de alucinaciones, quisiera contribuir á la exaltación de las fantasías sacando repentinamente las aguas á flor de tierra, sin saber cómo ni por qué y volviendo á hundirlas en el seno del terral, como ocurre á corta distancia de Argamasilla, sin que nadie haya podido explicar dónde paran, ni cómo se las sorbe el sediento terruño para hacerlas reaparecer mucho más allá, en los ojos del Guadiana. Quien ha visto, desde que nació, un río que muere y que después resucita, ¿tendrá dificultad para creer los casos más estupendos y las maravillas más inverosímiles?

Pero ya hemos dejado atrás el Guadiana y discurremos por los campos argamasillescos. En un prado, tascando grama sedosa y verdosas mielgas, descubrimos á la noble, á la antigua, á la emocionante pareja: en primer término el valiente rucio, más allá el flaco y despelurciado Rocinante. La más humana simpatía se desprende de las dos asendereadas criaturas de Dios; á veces el caballo tiene decaimientos de burro, á veces el burro gallardías de caballo. Al presente los dos compañeros descansan de sus seculares é inútiles proezas. No será enteramente descabellado suponer que aguardan el yugo que á entrambos ha de unirles para la labor redentora, ya que el tiempo de las caballerías andantes feneció.

leve. Sanchica está esperando casarse con su Tocho, pero sin prisa, sin pasión. Sanchica es honesta, simple como la flor de los campos. No busquéis en el alma de las dos mujeres la poesía que tal vez se alberga en la de las otras que saben leer y escribir; pero, sin buscarla, hallaréis en ellas, en sus vidas oscuras, la mejor poesía del mundo, la de la continuidad en la faena diaria, la del honesto vivir nunca interrumpido por liviandades, como formado en el patrón de la llanura manchega; una vida sin cerros, sin lomas, sin bosque, sin hoyos ni simas, una vida de aguas estancadas como las lagunas de aquella tierra, y al contemplarla, recordáis los viejos poemas agrícolas de Hèlade y se os vienen á la memoria las descripciones del rudo vivir beocio en las enérgicas estrofas de *Los trabajos y los días*.

Pero ya es hora de salir. No olvidemos que Don Quijote es hombre de camino y que su primera hazaña, la madre de todas las demás, es el arranque heroico que le hace salir de su casa, abandonar sus modestos regalos, criar una ilusión con sangre de sus venas cincuentonas y echarse al mundo á reparar injusticias, enderezar tuertos y satisfacer agravios. Salgamos de Argamasilla, dejemos atrás los blancos rientes tapiales del alegre lugar de la Mancha, mirémonos por última vez en el estrecho cauce del Guadiana, que cruza el pueblo... y reparemos en esta otra gran ilusión quijotesca. ¿Puede, en realidad, decirse con razón que es aquel riachuelo el Guadiana? No puede afirmarse. Todos los ríos del mundo tienen su origen y su curso claros. Sólo este quimérico río, sólo este río quijotesco había



LAS MARITORNES DE HOY DÍA



EL PATIO DE LA VENTA DONDE SIRVIERON LA COMIDA A DON QUIJOTE

Henos ya en plena llanura, con el sol sobre la recalentada sesera, con el infinito por horizonte. Las ideas grandiosas se apoderan de nuestra mente. Estamos en el famoso campo de Montiel, en medio del cual se alza sobre una loma el memorable castillo de la traición. Allí se defendió en sus postreros días



EL CORRAL CON LA PILA DONDE VELO DON QUIJOTE LAS ARMAS



VISTA DE PUERTO LÁDICE Y CAMINO REAL QUE SIGUIÓ DON QUIJOTE AL SALIR DE LA VENTA

el Rey Cruel; con infames engaños le hizo bajar de allí su hermano el fratricida. Los arrieros y los pastores os enseñan aún, en medio de la implacable llanura, el sitio donde se alzaron las tiendas del bastardo de Trastámara. Por allí pasaron los héroes de la tragedia medioeval; por allí había de pasar el héroe de la epopeya española.

Andando andando por el campo inmenso, tropezamos con unas ruinas insignificantes al parecer, pero como estamos en el terreno de lo absurdo, como vamos viajando por el reino de lo imposible, esas tres paredes que en medio del barbecho se mantienen como el caparazón de una bestia antediluviana, nos hacen pararnos. Alguien nos dice: — Estas son las ruinas de la venta de San Juan, que también llamaban venta de Don Quijote.

Pero ¿por qué ha de ser la venta de Don Quijote esos cuatro paredones, y no la otra venta que hay andando un poco más hacia Puerto Ládice? De-

jamos las ruinas, convencidos ya de que no sólo el espíritu quijotesco, sino los hechos en que se tradujo, viven aún y pudieran reproducirse en cuanto un soplo de grandeza pasara por la nación. Y, en efecto, al caer de la tarde llegamos á otra venta, que pudiera muy bien ser la misma, ya que en esto la construcción ni ha adelantado ni ha retrocedido un paso. Un toque de bocina nos saca del ensimismamiento y nos sumerge en cuerpo y alma en la escena maravillosa. El que ha tocado la cuer-

na es el porquero, que á la venta se dirige, aquel á quien Don Quijote tomó por un enano que anunciaba la llegada del caballero andante al castillo.

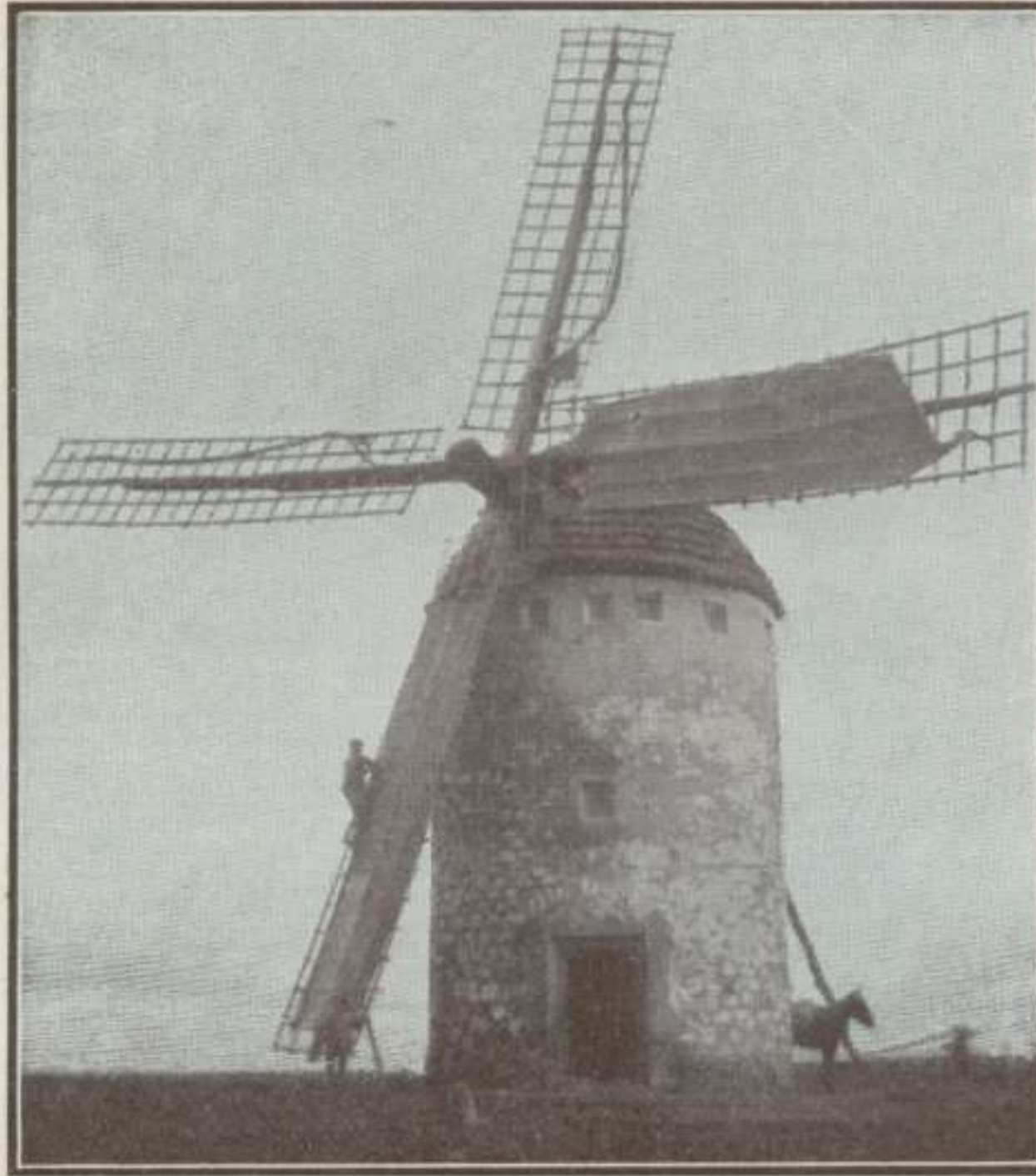
Más allá, sentado en un poyo, el ventero nos muestra su redonda faz satisfecha, denunciadora de un gran sosiego, de una extraordinaria calma del ánimo. ¿Creéis que el ventero es un cazurrote, un ladino, un mal intencionado? Os equivocáis. Comparad todas



REPRODUCCIÓN DE LA VENTURA DE JUAN HALDUDO Y EL MUCHACHO ANDRÉS EN EL MISMO LUGAR EN QUE OCURRIÓ

las malicias y las perversas intenciones de los venteros y de sus clientes con las que están rozándonos y arañándonos la piel por aquí en el Congreso, en el teatro, en la calle, y ¡mal año para todos los pícaros arrieros y para todas las mozas del partido que por la venta hayan trashumado!

Muy luego se os aparece la ventera con su faz angulosa, con su pañuelo ajustado, con su delantal negro, con su eterna quejumbre:— No se gana nada, señor; apenas si se vive.— Junto á ella, las dos maritornes morenas, entoquilladas, listas, os sonríen. ¿Qué pensarán, qué sentirán allá en lo hondo de su almario joven estas pobres mozas de la venta, habituadas á ver pasar por el camino gentes á quienes no conocen, trajinantes avispados y truhanes que tal vez intentan burlarlas, la interminable procesión de la miseria y de la picardía, ambulando sin saber por qué ni para qué? ¿Cuáles serán sus anhelos, sus ansias, sus amores? ¿Se-



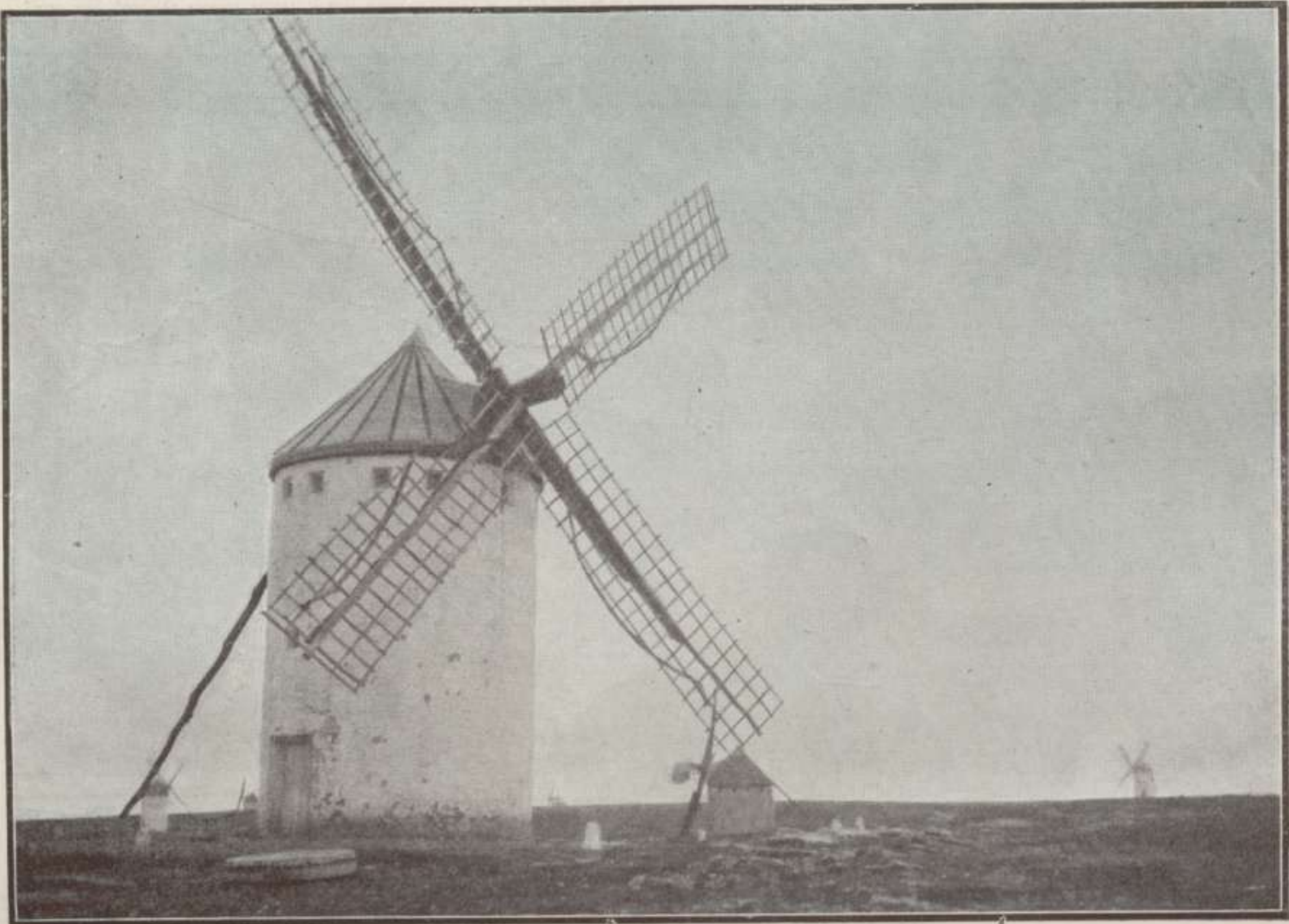
CRIPTANA. LOS MOLINOS DE VIENTO

rá un romanticismo nuestro pensar que estas mozas tienen unos amores, unas ansias y unos anhelos más elevados que los de la asturiana Maritornes?

La venta nos llama. Entramos. Tras el zaguán, un gran patio nos invita al yantar modesto.—Aquí—nos dice afable el ventero—es donde le dieron de comer á Don Quijote con un embudo. Ahí, más adelante, es donde veló las armas. Y diciendo esto nos hace pasar al corral, donde está la pila para dar de beber á las bestias.

Entretanto, la noche ha caído. Las blancas paredes del patio devuelven la azulada luz de la luna saliente. El corral está solitario. Ningún ruido se escucha, sino el rebullir de las mulas

en la cuadra, el trajinar de las mozas en la cocina, el chascar de los sarmientos que en la lumbre restallan, ayudando al guiso de la cena. El pilón, enjalbegado como las paredes, negrea por abajo. Una cantarilla ocupa el sitio donde puso sus



LUGAR DONDE DEBIO DE SUCEDER LA AVENTURA DE LOS MOLINOS



UN MOLINERO MANCHEGO

de ella, y unas encinas, restos de un antiguo monte, nos muestran el lugar de la primera hazaña del caballero. Allí fué donde Juan Haldudo, el labrador rico del Quintanar, apaleó al pastorcillo Andrés; allí donde Don Quijote mostró por vez primera el valor de su brazo, la justicia y nobleza de su corazón generoso; allí donde la realidad inexorable le había de dar una lección aterradora, á puros estacazos, y donde había de verse solo, roto, magullado é imbele, hasta que su vecino el buen Pedro Alonso le volviera á su lugar, cargado con el peso de la desilusión primera.

Salimos nuevamente al campo argamasillesco. ¿Dónde hemos de ir sino en busca de los molinos? ¿Quién ha pasado por la llanura manchega que el ferrocarril recorre sin sentir la emoción más fuerte, la que al conmovernos nos lo explica todo? ¿Quién, al ver descollar en el llano los contornos de los molinos, al verlos mover los brazos locos, no se ha explicado el que la febril fantasía de Don Quijote viese en ellos los gigantes soberbios que tienen sojuzgado el mundo, y quién no ha aplaudido, lleno de he-

armas el esforzado caballero. La luna sonríe benévola al fantasma que nuestra imaginación hace pasear á grandes trancos, lleno de ardientes desvaríos el corazón devoto... Una grande, intensa emoción nos avasalla. Aquel prosaico lugar, aquellas mudas paredes nos hablan en arcano lenguaje de que aún perduran en el mundo los agravios, los tuer-tos y las injusticias sin que salga el caballero pronto á satisfacerlos, á debelarlos, á darlos fin, puesto su pensamiento en Dios y en su dama. La luna nos dirige su más grata sonrisa, aquella con que ha acariciado á los soñadores todos de la Historia y de la leyenda.

La del alba sería cuando salimos de la venta, para seguir nuestra peregrinación. La carretera nos conduce al pueblecillo de Puerto Lápice. Nos desviamos



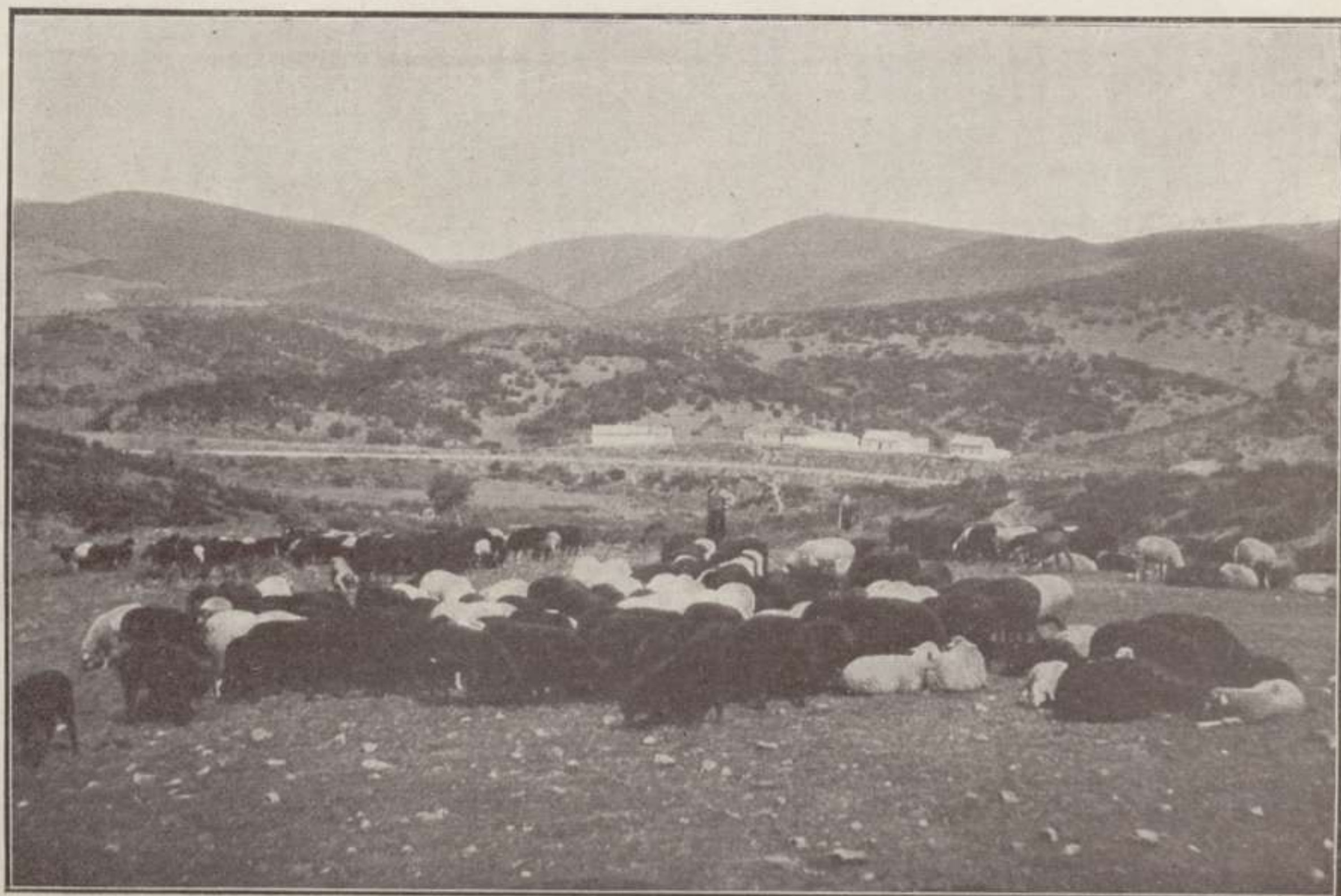
UN CABRERO DE LOS AMIGOS DE GRISOSTOMO



VENTA DEL BÁLSAMO DE FIERABRÁS, EN LA GUAL MENUDEARON LAS AVENTURAS DE DON QUIJOTE Y SANGHO

roica alegría, la bizarra decisión con que el Ingenioso hidalgo los acomete sin reparar en sus monstruosas fuerzas?

En la dilatada y áspera campiña los molinos cortan el lejano horizonte, extraños, deformes, ilógicos, extraviados. Tal vez vemos á un hombre, el molinero que, trepando por las aspas para sujetar el velamen, nos parece una araña prendida á su tejido; tal vez las paletas sin lienzo semejan los tentáculos de un bestión apocalíptico, cuya cola, que es la guía ó pértiga con que se hace girar todo el aparejo, muerde el polvo. Si moviéndose con el viento que arrasa la llanada, son los molinos algo imponente, como un ejército de ignotos seres caídos de otro planeta para conquistar el nuestro y esclavizar á los



LUGAR DE LA BATALLA DE LOS CARNEROS, CERCANO Á LA VENTA



LA CABAÑA DE LOS PASTORES AMIGOS DE GRISÓSTOMO, EN LA CUAL



DON QUIJOTE PRONUNCIÓ EL FAMOSO DISCURSO DE LA EDAD DORADA



SITIO DONDE ACAECIÓ LA AVENTURA DE LOS BATANES

hombres, cuando están parados y sin velas se nos antojan trágicas y temibles máquinas ó ingentos de guerra que en el campo quedaron clavados después de un sangriento combate en que miles y miles de hombres perdieron las caras vidas. Sus figuras enhiestas se yerguen en el campo solitario como algo siniestro, como algo que insulta á la Naturaleza apacible y tranquila. Hemos de acercarnos á ellos, hemos de contemplarlos y examinarlos con ojos de miope para persuadirnos de que son unos sencillos artefactos que no encierran maldad alguna, para volver de nuestra insania y hacernos cargo de que son como los molinos las más de las cosas que nos espantan en la vida.

Nos apartamos de esta nueva desilusión y marchamos resueltamente hacia Sierra Morena.



EL BATÁN VISTO DE CERCA



LA CHOZA DE LOS BATANEROS

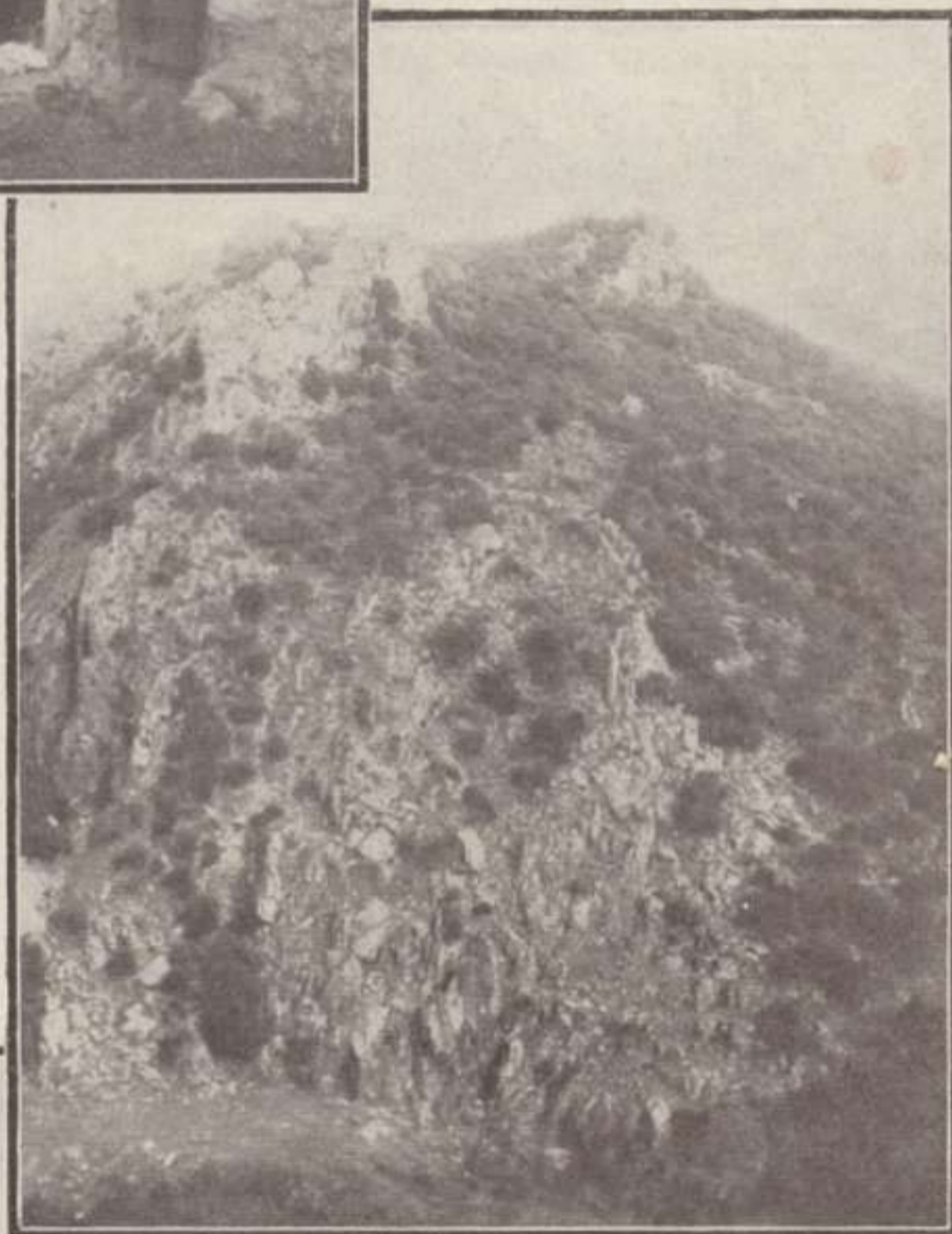
parecen resonar en el extenso valle las canciones y los gritos eróticos de todo el pastorage en los amores de Marcela encendido.

El pastor nos indica otra venta donde podemos descansar. Es un ancho y aplastado edificio con amplia portalada, con cuadras inmensas donde caben escuadrones de mulas, con corrales enormes capaces de albergar rebaños enteros. La ya menguada arriería conoce y frecuenta aún la venta de Cárdenas, que no otro es su nombre. Éste evoca en nuestro magín el recuerdo de una vieja tonadilla que á nuestros abuelos divirtió:

Allá en la venta de Cárdenas,
cuando yo el mundo corría...

Pero nos desentendemos de remembranzas modernas al ver frente á nosotros, en el campo, tendido á nuestros piés, un rebaño nume-

Cuando se divisan las primeras estribaciones de la cordillera, en medio de un descampio pedregoso, una dulce y bella visión bucólica se nos ofrece: es un rebaño de cabras al cual guía un zagal que canta una melancólica endecha, mientras hace soguilla para aparar una honda. Es aquél uno de los amigos del desventurado Grisóstomo, uno de los amadores que con sus requerimientos perseguían por el valle á Marcela, la pastora desamorada que sabía decir en castellano corriente lo que Platón sintió y dijo en griego clásico. Aún



RISCOS DE SIERRA MORENA
POR DONDE IBA SALTANDO GARDENIO



PASTORES Y CABRERIZOS DE SIERRA MORENA

rosísimo de ovejas y carneros. Aquéllos son los ejércitos de Alifanfarón de Taprobana y de Pentapolín el del arremangado brazo, en donde el caballero de la Triste Figura probó su denuedo indomable y renovó las hazañas de Orlando el Furioso. No es menester que esforcemos mucho la imaginación para representarnos á Don Quijote alanceando á las inofensivas manadas y á las nutridas falanges de carneros y corderillos que se desparrramaban por los cerros, empavorecidas, entre la grito y la



DOROTEA LAVÁNDOSE LOS PIES EN EL ARROYO

pedrea de los asustados pastores. Uno de ellos, ó tal vez uno de los cabreros, nos conduce á la choza donde el Ingenioso hidalgo pronunció su incomparable discurso de la Edad dorada. Mientras recorriamos el campo, el sol ha ido hundiéndose y ya pinta de rojo las lindes extremas, de ocre los salientes picachos de la sierra. Los hatos de ganado lanar y cabrío se han recogido en sus majadas. Los pastores se han acercado al chozo, han tendido en el suelo los cueros, han arrimado á la lumbre las trébedes, han colgado de una chaparra el repleto zaque de vino. Los pastores se han sentado á comer, gozando sin saberlo la paz del crepúsculo. Calla el campal desierto, cantan los grillos, retiñe de cuando en cuando la cencerria de un carnero que rumia su ración. Los pastores se han sentado á la redonda, en torno á su pobre comistraje. No turba sus almas sencillas aprensión alguna. La quietud del campo hace palpitar iguales, isócronos sus corazones siempre nuevos. Los miramos comer, ha-

blando pausadamente de cosas simples, casi paradisiacas. Melancólica pesadumbre oprime nuestra sensibilidad. Esperamos que de repente surja entre lo obscuro la voz conmovedora, serena, augusta de Alonso Quijano, el Bueno, hablando á los pastores de la feliz Edad dorada, como hablaba Séneca de la vida beata á sus discípulos, como hablaba Cristo del cielo á los pescadores y á las mujercillas, como hablaba Francisco de Asís á los mendigos de Umbría, y á los simples y bobos y á los animalillos que buscaban su amorosa compañía.

Hermanos cabreros, dice Don Quijote al hablarles, como el santo de Asís llamaba *hermanos* á las bestias, al sol y á la luna, al agua y al aire.

Para proseguir nuestra peregrinación, echamos á



CASA DE LOS CARRASCOS.
DONDE SE SUPONE QUE HABITABA EL BACHILLER SANSÓN, EN ARGAMASILLA



UN LABRADOR DEL TOBOSO CON SU YUNTA DE MULAS

los mayores desencantos de su vida. El primitivo artilugio mueve sin cesar sus mazos de madera, tunde y golpea sin descansar el paño de raja que llevan los tejedores de Villahermosa, y con el que se visten todos los aldeanos del Campo de Montiel y del Campo de Calatrava, hoy lo mismo que en el tiempo de Don Quijote.

Corridos como nuestro hidalgo, salimos de los batanes para internarnos en el corazón de Sierra Morena.

No es una de esas montañas dantescas, boscosas, temibles, donde pasaron las aventuras de los paladines poemáticos. Sierra Morena es grandiosa, es sencilla. Monte bajo, matas cárdenas de carrascales y escaramujos, matas verdes de brezo y de espino cubren sus flancos rocosos. La vista se pierde en una sucesión de montañas onduladas con suavidad. Es menester entrar muy adentro, llegar hasta

andar á media noche. Pronto oímos cerca el susurrar de un río: no lejos se parece un bosque de álamos y chopos. De entre la espesura se oye bronco, desapacible, temeroso un ruido incesante, como golpear de mazos, como arrastrar de cadenas, como gemir de condenados á suplicios infernales. El pavor que á Sancho puso en el lance tragicómico que nadie olvida, por ser su narración la más delicada página que escritor ninguno ha podido componer sobre el más bajo asunto, nos domina también por un momento. Seguimos adelante y el ruido aumenta, crece sin cesar.

—Son los batanes — nos dice quien nos acompaña. — Y al acercarnos, con la luz de la aurora, caemos en la cuenta como cayó Don Quijote, sufriendo otro de

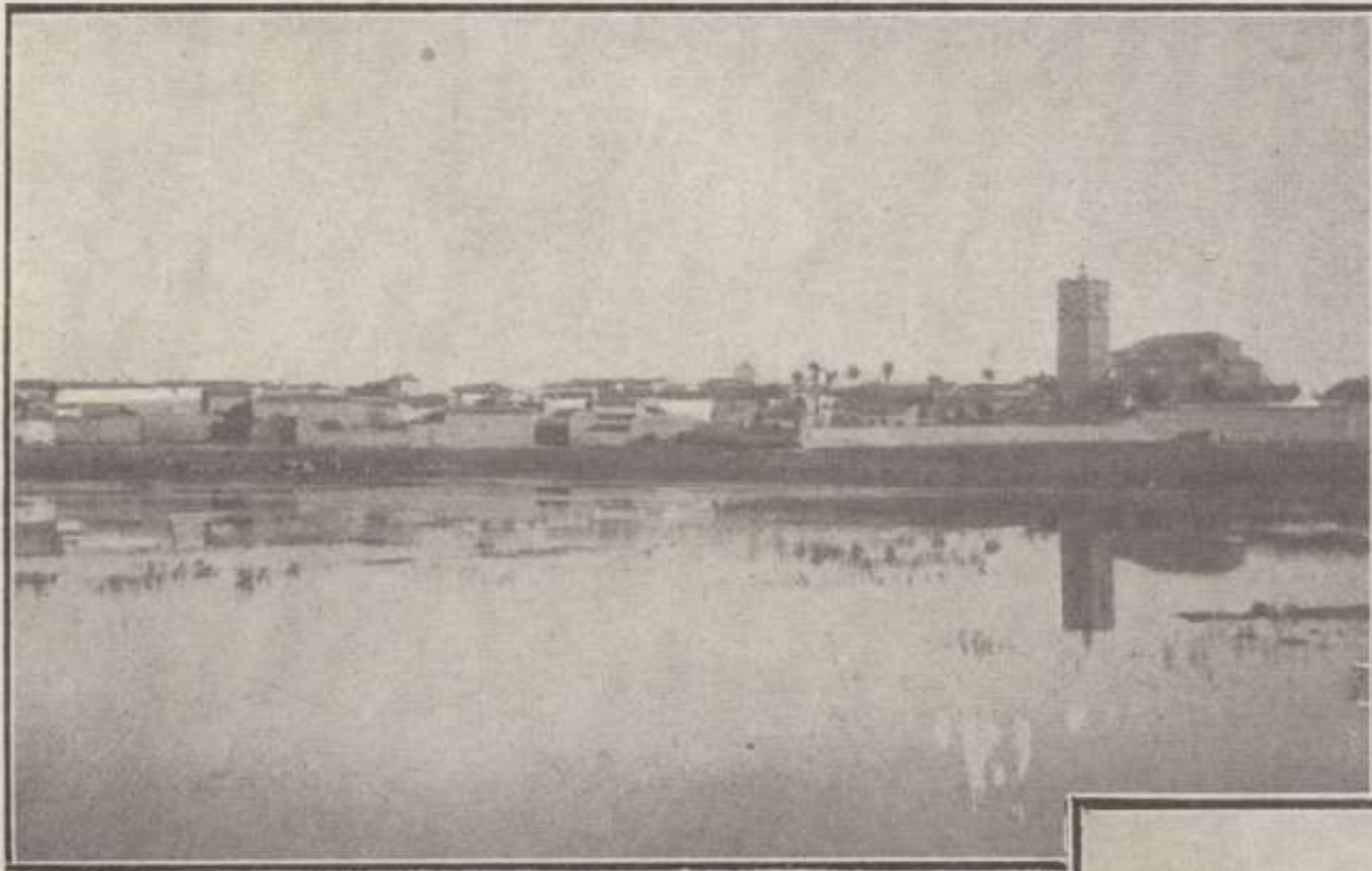


ALDONZA LORENZO EN EL CORRAL DE SU CASA DEL TOBOSO. AL FONDO, LA IGLESIA DEL PUEBLO



RETRATO DE DULGINEA DEL TOBOSO HECHÓ EN SU PROPIA CASA EN 1905

Despeñaperros y las Correderas para ver los riscos y abruptos acantilados por donde saltaba el loco y poeta Cardenio. Unos cabreros que nos guían, nos dicen que hoy mismo vaga por aquellas sierras un pastor loco, que canta interminables é incomprensibles coplas con blanda y casi femenina voz, y va siempre brincando y haciendo sandeces, tocada la cabeza con guirnaldas de silvestres flores. Un



VISTA GENERAL DEL TOBOSO, DESDE LA LAGUNA

cienden mansos, frescos arroyos. En uno de ellos ¡Don Quijote nos valga! vemos sentada en el suelo, destrenzados los cabellos que le cubren lo más del rostro, vestida de hombre, con pantalones, según suelen vestir las mujeres labradoras y algunas pastoras de aquellos lugares, y metidos en el agua los blancos pies, á la propia, á la auténtica, á la legítima, á la hermosa Dorotea, la enamorada vagabunda, la más poética imagen femenina de la primera parte del libro inmortal. Dorotea inunda de perfume amoroso y campestre las páginas en que la acción y el relato cervantino se han acortesanado al entrar en escena los galanes y las damas, que sólo incidentalmente pueden hallarse en la venta. La Dorotea que hemos visto junto al arroyo de Despeñaperros en 1905, es la encarnación más pura de *lo eterno femenino* en la obra inmortal. Con el dulce recuerdo de Dorotea y del pastor loco, en quien hemos visto renacer al sinventura Cardenio, tornamos al lugar de Don Quijote y entramos en la segunda parte de sus aventuras.

Y al volver, lo primero con que tropiezan nuestros ojos es la casa de los Carrascos, donde vivía el bachi-

momento le vemos cruzar, ágil como una cabra montés, por los vericuetos de la sierra. Es un mozuelo pálido; su voz tiene extrañísimas modulaciones. Tiénenle por loco. ¿Quién sabe? Lo cierto, lo indudable es que en aquellos riscos habita el misterio; que en aquellos lugares apartados de todo comercio humano, las grandes locuras anidan junto á los nidos de las águilas...

Seguimos metiéndonos montaña adelante. Por las verdes laderas des-



EXTERIOR DE LA CASA DE DULCINEA



UNA CALLE DEL TOBOSO

ller Sansón, el maligno y burlón espíritu de la segunda parte del Quijote, el primer esbozo del Mefistófeles goethiano. Es una casa fría, prosaica, sin adorno ni belleza alguna; podrá no ser la casa de Sansón, pero en una morada semejante nos figuramos ver al socarrón del bachiller discutiendo con regodeo egoísta sus burlas contra el hidalgo, á quien tiene por loco. Es una casa correcta, sobria, de líneas rectas, de pocas luces. Temamos siempre á los hombres que viven

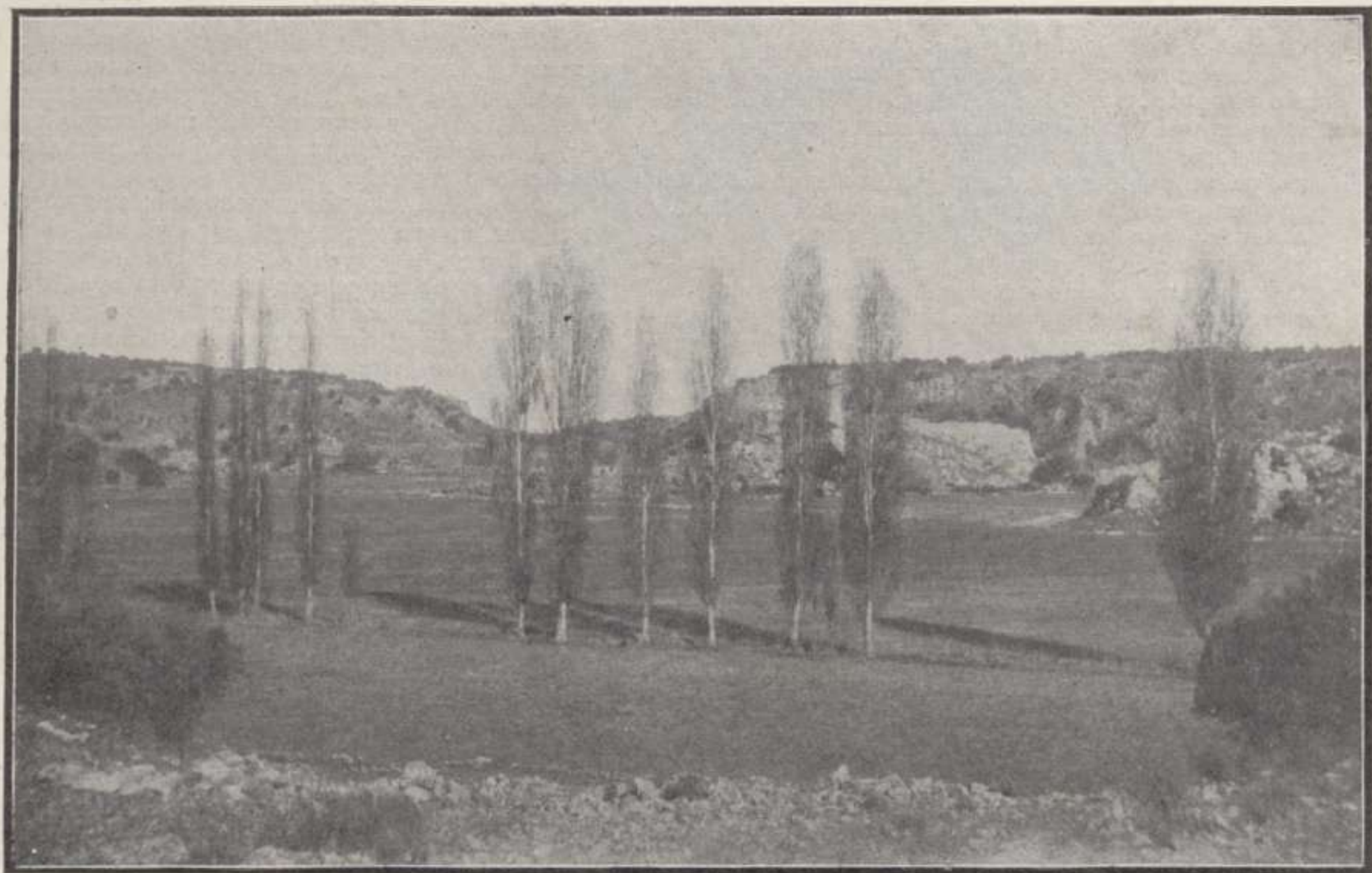


IGLESIA DEL TOBOSO, JUNTO Á LA CUAL EXCLAMÓ DON QUIJOTE:—«CON LA IGLESIA HEMOS DADO, SANCHO.»

estas casas, donde la fantasía y el gusto no hallan en qué tropezar. Temámosles y huyamos ya de la mala sombra del bachiller Sansón Carrasco; huyamos con el caballero y el escudero camino del Toboso. La jornada es larga y desapacible. Saliendo de Argamasilla temprano, llegamos al Toboso á boca de noche, cuando las sombras de los caserones ocupan fanegas y fanegas de terreno, cuando los con-



LAS TRES LABRADORAS DEL TOBOSO Á QUIENES ENGANTÓ SANCHO



PRADO Y ALAMEDA DONDE SE CELEBRARON LAS BODAS DE CAMACHO

tornos de la iglesia y de la torre ya no se reflejan claros en la cercana marisma. Podrá ocurrir, y ocurrirá, que nos encontremos antes de llegar al pueblo «uno con dos mulas, que, por el ruido que haga el arado al arrastrar por el suelo, juzgaremos que es labrador» que vuelve tarde de su labranza, cantando el romance que dice:

Mala la hubistes, franceses,

la caza de Roncesvalles,



ENTRADA DE LA CUEVA DE MONTESINOS

ú otra cantinela por el estilo. Pero más compiaciente que el gañán de *Don Quijote*, el de ahora nos dice sin vacilar cuáles son los palacios de la sin par princesa doña Dulcinea del Toboso, y llegándonos á los dichos palacios, cosa que no se atrevieron á hacer ni Don Quijote ni Sancho Panza, ya se sabían ellos por qué, antes pasaremos por unas muy solemnes y aseñoradas calles, y antes tropezaremos con la mole grandiosa y herreriana de la iglesia del Toboso, y diciendo:— Con la iglesia hemos dado, Sancho,—nos retiraremos prudentes á dormir. Al reirse el alba acudiremos al palacio susodicho, y ¡ved cuál es nuestra suerte! en el corral toparemos con la que buscamos, con la alta y sobajada señora de nuestros pensamientos. Aldonza Lorenzo en persona saldrá á recibirnos y nos regalará con su más halagüeña sonrisa.

Es una moza robusta, fresca,

Alta de pechos y ademán brioso...

Es una bella, fuerte, simpática y honrada moza, que sin aliños, afeites ni composturas, se afaena en ahechar trigo, no sabemos si trechel ó rubión, en el corral de su casa. Nos saludará con muy buena gracia, nos responderá con muy corteses razones, y á la tardecita la veremos salir con otras dos compañeras, jinetes en sendas hacaneas, que á nosotros no nos parecerán sino lo que son, borricas mohinas ó rucias, y así, tal y como ellas se nos muestren, las reputaremos reinas, y duquesas y princesas de la hermosura tobosina, y una y mil veces nos prendaremos de ellas y nos daremos por muy sus enamorados; porque nosotros ¡pobres de nosotros! ya hemos comprendido el alto, el profundísimo secreto que en el encanto de Dulcinea solapó el historiador Cide Hamete.

El cual muy luego nos llevará por la mano á un prado amenísimo, donde la olorosa gayomba y el verdeante romero florecen, y prometen grata

Fotografías Asenjo

umbria los acopados chopos, y nos dirá que aquél fué el sitio donde se festejaban las bodas de Camacho el rico y donde aconteció el suceso de Basilio el pobre; y es el lugar donde evocaremos la más lujurante y sensual visión, mirando con los ojos de Sancho, y la más romántica, mirando con los de Don Quijote.

Desde allí, andando un poco más, nos acercaremos á la cueva de Montesinos, donde el extremado Don Quijote vió cosas cuya imposibilidad y grandeza hacen que se tenga esta aventura por apócrifa. Al entrar en la cueva de Montesinos, con teas para alumbrarnos, una turbonada negra y aleteante nos apaga las luces y nos llena de confusión y de espanto. Son bandadas de cientos, millares, millones de murciélagos que, enra-

cimados y formando costrones parduscos, habitan en el techo y paredes de la cueva. Encendemos un farol, avanzamos con precauciones veinte, treinta, setenta metros. En el fondo, el agua honda canta una canción extraña, lúgubre, de las profundidades de la tierra. Hay allí una laguna soterraña, que debe de tener comunicación, no sabemos cómo ni por dónde, con las de Ruidera. Estamos bajo tierra; estamos otra vez en la región de lo misterioso, de lo inconocible. Salimos de ella á la luz, rendidos, anonadados. Revolvemos los ojos en todas direcciones buscando al ingenioso caballero. Ya no está, ya no podemos seguirle; ha salido de su tierra. ¿Volverá? ¡Ah, sí!, volverá ¡qué lástima! para tornarse cuerdo, y ya cuerdo, morir. ¡Adiós, noble, ancha y grave tierra del ingenioso hidalgo! ¡Adiós,

Argamasilla, Montiel, Puerto Lápice, Sierra Morena, el Toboso, Ruidera! ¡Adiós, vosotros los que conserváis el habla, el ademán, la fiera estampa de Don Quijote, lo mejor de la raza! ¡Adiós, llanura inmortal, madre de las grandes ideas! La peregrinación ha terminado.

F. NAVARRO Y LEDESMA

Para conseguir los datos y las fotografías que publicamos en este número, han realizado en los primeros días de Abril un viaje á la tierra de Don Quijote nuestros queridos compañeros el redactor de BLANCO Y NEGRO y de A B C, D. Rómulo Muro y el redactor-fotógrafo D. Manuel Asenjo, quienes fueron de Madrid directamente á Sierra Morena; de Despeñaperros á Venta de Cárdenas; atravesaron el campo de Montiel por Villanueva de los Infantes, Villahermosa, los Zampoñones, la Osa de Montiel, Ruidera, Argamasilla, Castillo de Peñarroya, Alhambra, Puerto Lápice, Alcázar, Campo de Criptana y el Toboso.

Nuestros compañeros han sido recibidos en todos estos pueblos y despoblados con exquisita cortesanía, y han sido acompañados y agasajados con la más perfecta hospitalidad por los nobles descendientes del hidalgo manchego.

A todos están muy agradecidos, pero especialmente desean significar aquí su gratitud á D. Luis Posadas, abogado de Villanueva de los Infantes; á D. Juan Angel Palacios, D. Constantino Martínez, D. Juan Bustamante y D. Joaquín Castro, de Villahermosa; al antiguo periodista D. Rafael Garrido, de Montiel; á los Sres. Pascual, Naranjo, Creus, Fuertes, Gómez y Coronado, de Argamasilla de Alba; á los Sres. Rosado, Rodríguez y Alarcón, de Puerto Lápice; á los Sres. Sánchez Quintanar, Rus y Ortiz (D. Valentín, D. José Vicente y D. Ignacio), del Campo de Criptana, y á los Sres. Olmo, del Toboso.

Todos ellos son personas cultísimas y de una inapreciable amabilidad, y tenemos gran complacencia en consignarlo.



UNA VENTA JUNTO Á RUIDERA